

El domingo nunca terminará

Luis Roberto Martínez Acevedo

Para ti, Delia, por enseñarme que siempre hay una segunda oportunidad. Amiga, caja de sorpresas, musa, princesa, bailarina. Gracias

I

Las palabras fueron avispas y las calles como dunas, yo aún te espero llegar. Llega trabajosamente el Mercedes Benz a este pueblo que, como tantos otros, es partido en dos por la carretera que zigzaguea en rumbos tan lejanos como el pasado; ésta es a su vez camino principal, ventana al mundo, salida y única entrada de caballeros sin princesas ni castillo, como yo. Es difícil imaginar que este monstruo de metal, motor y ruedas, decrepito y cansado llegó de Europa hace tanto, y terminó aquí, entre peces mágicos, gastadas fuentes verdes de obsidiana, música de pequeñas plazas, misas de medio día, paseos aburridos en familia y maltratadas estatuas de héroes olvidados. Olvidados, como este oasis del tiempo, perdidos todos en la espina dorsal del universo, donde el hoy, el ayer y el mañana se confunden y diluyen; son uno y miles, se repiten día a día pero nunca vuelven.

Bajo del camión. La sensación es la misma, arrumbado descubridor de lo descubierto y de la rutina. Todo es nuevo para mí y todo es viejo ya, para ellos, me miran: soy un extraño. Nadie viene a parar aquí por casualidad, aunque tampoco hay razones para ello, pero en este lugar uno se acostumbra demasiado rápido a lo que sea y la expectativa pasa. El calor de la mañana, el barro húmedo y el hambre del viaje me llevan a compartir la comida en el único refugio disponible: la estación de autobuses-miscelánea-cantina-farmacia-oficina de correos-cabina telefónica-fonda, microcosmos que me recuerda mi niñez en casa de los abuelos, los viejos dulces que un día probé, los cohetes de feria que me emocionaban cada año y los libros empolvados de mi padre que nunca leí por no tener edad para entenderlos. La tarde pasa entre tortillas calientes, guisados de carne con especias, cervezas frías y anécdotas, unas buenas y otras no tanto. Me marcho después de un apretón de manos, con la idea de tener nuevos amigos y con una invitación para volver pronto, el “claro que lo haré” (y la certeza de no hacerlo), como suele suceder en las despedidas; me gustaría quedarme un rato más, pero el aire húmedo me despeina los cabellos y me incita a buscarla, no hay tiempo que perder. Comienzo a andar, la lluvia vendrá con la noche y puede que esta vez llegue a tiempo. Si no, me queda el consuelo de las luces que se ven a lo lejos, que alguien deja prendidas al irse a dormir, para no sentir miedo, y que sirven para que los caminantes sin rumbo no nos sintamos tan solos.

II

No siempre las cosas son como deberían ser, no siempre se puede tener la razón. Todo primer encuentro es monstruoso, tiene su dosis de verdad, de tragedia y de humor, pero habrá que admitir que también tiene su lado bueno.

La conocí un domingo sin nubes y en un domingo sin nubes la perdí.

Ese día el mundo me pesaba un poco más de lo habitual, iba con ganas no sé si de reír o de llorar, así que solo caminé y terminé escondiéndome en aquel lugar, que cada vez estaba menos lejos y más triste. Poco a poco, las casas, con su gente y sus problemas, se acercaban peligrosos, amenazando con destruir mi soledad. Ahí estaba yo, tirado, abrazado del suelo y mirando al cielo, a las nubes, en una tarde cansada y casi muerta. Comienza a llover de la nada; no corrí ni maldije, estaba derrotado y sin esperanza, pero sentí que la vida me entraba en cada gota, que la brisa complaciente se llevaba mis problemas, los veía volar, como promesas sin cumplir que el viento arrastraba; reí como un tonto, despreocupado y feliz. Entonces la vi, como en sueño, igual que yo disfrutando del mal tiempo. Bailando bajo la lluvia.

III

Y es tan frágil la voz, tan débil que soy, como una urna de cristal a punto de quebrar, como el verano que pasó que empiezo a echar de menos, como una cucharada de sal que se disuelve en zigzag en el mar. Y es así como llegó, yo que me pasaba la vida entre putas de caché, damas misteriosas y amigas de verdad nunca había tenido compañía tan tierna. Me acerqué a ella o ella se acercó a mí, no lo recuerdo. Sonrió y cambió mi vida con cuatro palabras: hola, me llamo Febe.

Amanece y cae el rocío, sé que está cerca, lo presiento; debo encontrarla, debo seguir buscándola. Ella es mi agradable obsesión que no me deja en paz, no pienso, no sueño, no imagino, no vivo y si Neruda hubiese conocido una mujer como ella habría muerto sin poesía. Y ahí estaba yo, con ella cada noche, cada madrugada, disfrutando de su baile que encantaría a los ángeles; disfrutando de su aroma, el aroma de los sueños que lo han sido por demasiado tiempo, el de la esperanza y el de la nostalgia que suelen mezclarse dulcemente a esas horas y entre sus brazos.

IV

Soñando así es como quiero vivir, viajando, viajando en la noche y en la obscuridad, eres como un sueño y de ese sueño nunca quiero despertar. La veía sin estar seguro de estar despierto, la lluvia me mojaba el alma mientras ella movía su elegante figura, con la ropa empapada, ceñida al cuerpo y nada importaba ya, bailaba y mi angustia agonizaba en cada paso, en cada palpar una ilusión: cabellos lacios, ojos negros, hermosos senos, delgados brazos y largas piernas moviéndose al ritmo del deseo. Llovía como cada madrugada, cada verano y cada septiembre. La historia se repetía noche a noche, me escapaba de casa para verla bailar y después me acercaba por detrás, la tomaba por los hombros, me abrazaba y nos uníamos en un beso. Yo no entendía nada, o lo entendía todo y no quería entenderlo.

Y como cualquier otro sueño, éste se acabó.

V

Y es que yo no quiero hablarte, quiero escribirte una canción. Sólo dijo adiós y eso mismo respondí, una palabra más habría herido demasiado y así alargamos nuestra felicidad lo más posible. Sabía que ella tenía que irse; al conocerla, había cambiado mi historia –la amaba– pero debía marcharse. Regresaría algún día y volveríamos a estar juntos: cada madrugada, cada verano y cada septiembre. *¿Quién detendrá la lluvia?* ¿Quién podrá hacer que se quede? ¿Quién podrá hacerla volver? Lo peor de vivir en una ciudad que ha crecido de espaldas al cielo no es no ver las estrellas ni los ángeles, sino estar impedido de ver las nubes. Estar impedido de verla. No pude más o pude demasiado, el mundo me tragaba y ella no volvía.

VI

Un enjambre de abejas para que no te pierdas, talismanes contra todo tipo de males y una navidad; que sepamos dónde estás; desplegamos los mapas de todos los sueños, nos volveremos a encontrar, en un sitio entre San Cosme y San Damián. Y aquí estoy, arrepentido y cansado de errar. Buscándola con toda mi fe, que no es mucha pero suficiente para haberme traído hasta aquí. Con toda mi esperanza que es mucha más que la de ayer; con todo mi amor, roto y maltratado, pero zurcido con cada parada en el camino, soñando con vivir una infancia tardía entre árboles que lleguen al cielo, ríos que se pierdan antes de llegar al mar y calles empedradas que den al milagro de volverla a ver. Sigo buscándola por la carretera, de pueblo en pueblo, viendo pasar historias y vidas; prendo un cigarro y ando, seguiré siendo un viajero, peregrino hacia las nubes, mientras tanto el domingo nunca terminará.

Nota: las palabras en *cursivas*, son letras de canciones, algunas pasadas tal cual, otras modificadas para apegarse al texto. En orden de aparición:

La chispa adecuada (Héroes del silencio).

Pobre soñador (El Tri).

San Cosme y San Damián (Enrique Bunbury).

Pobre soñador (El Tri).

Un par de palabras (Hombres G).

San Cosme y San Damián (Enrique Bunbury).

¿Quién detendrá la lluvia? (Credence Clearwater Revival).